

Corred, corred al instante;
Que yo allí dentro un momento
Iré tambien, pues mi intento
Es su muerte presenciár.

Ya el lugar en que esperarle
Debeis, os tengo marcado.

— Sí señor: nada he olvidada:
Allí le hemos de ásaltar.

— Nada tengo que advertiros:
De vos depende mi suerte.

— Hoy es segura su muerte
Porque yo se la he de dar.

Y salió sin detenerse
El capitán muy lijero,
En busca del compañero
Que debía con él ir.
Y don Pedro entró en su cuarto,
Mejor dicho, el hombre-plaga,
Y cojiendo una ancha daga
Llegó tambien á salir.



PASO TERCERO.

UN ENCUENTRO.

No hay ningun hombre de bien.
T. R. RUBÍ.



Dos hombres de almas feroces,
En sus jorongos envueltos,
A alguna empresa resueltos
Hablan, sin alzar las voces.

De la Santa Veracruz
En la plazuela se miran;
Y con afán se retiran
A do todo está sin luz.

De diez varas á distancia
Un hombre inmóvil, parado,
En larga capa embozado
Parece está en vijilancia.

Mas de una hora hace que están
Allí los dos sin moverse,
Aunque puede conocerse
En sus rostros su alto afán.

— Que por un hombre cualquiera,
A quien hemos de matar,
Tengamos aquí que estar,
Capitan, me desespera.

Dijo el uno de los dos
De los que ocultos están.
Si Carlos le causa afán,
Con uno sobra, por Dios.

— Ten paciencia, que la paga
Ya sabes que nunca es corta:
Si entre dos que muera importa,
Que su santo gusto se haga.

Obedecer ciegamente
Solo á nosotros nos toca:
Puñalada y punto en boca,
Y que arda Troya, Vicente.

— Tienes razon: soy de cedro.
Ya no digo una palabra:
Pues si él nuestra suerte labra,
Labrémos la de don Pedro.—

Mientras los dos de esta suerte
Hablan en la oscuridad,
El otro con ansiedad
Al lejos un bulto advierte.

Y atentamente mirando,
Quién es para conocer,
Descubre es una mujer
Que á San Antonio está orando.

Una mujer que aflijida
Ante la imájen del santo,
Está derramando llanto
Y rezando enternecida.

Y á la débil claridad
Que la lámpara derrama,
Don Pedro mira en la dama
Una marchita beldad.

Mas procurando alejarla
De aquel sitio do una muerte
Iba á consumarse fuerte,
Al punto se acercó á hablarla.

— Señora, qué haceis aquí
De noche y en tal momento?
— Ruego, porque mi tormento
Dios calme pronto ¡ay de mí!

—De día fuera mejor
Que le rogáseis, señora,
Y que en vuestra casa ahora
Estuviéseis sin temor.

—¡En mi casa!... no la tengo!...
Vivo de la caridad;
Y por eso la piedad
De Dios aquí á implorar vengo...

Soy una pobre mujer
Que una casa do servir
No he podido conseguir;
Que seria mi placer.

En vano sin descansar
De una casa en otra corro;
Me dan un corto socorro,
Pero sin me destinar. —

Don Pedro que en alejarla
De allí un empeño tenia,
Finjiendo se conmovia,
Así llegó á contestarla.

— Pues Dios á escuchar, señora,
Ha llegado vuestro ruego;
Y á que yo os vuelva el sosiego
Me manda sin duda ahora.

Alzad de ahí en el instante
Y esperadme en San Andrés,
A donde yo iré despues,
Que ahora voy á aquí adelante.

Esta onza tened en tanto,
Y esperadme con paciencia,
Pues que la alta Providencia
Quiere enjogue vuestro llanto. —

La humilde mujer se alzó
Del suelo reconocida,
Despues que gracias, rendida,
A Dios por tal dicha dió.

Mas la limosna al cojer,
Los dos los rostros se vieron,
Y los dos un grito dieron
Sin poderse contener.

— ¡Don Pedro! — ¡Matilde!.... Cielos!....
— Sí; la mujer desdichada
Que dejaste abandonada
A padecer en el suelo!....

La desgraciada mujer
A quien amor la jurasteis
Y á quien despues la dejásteis,
Condenada á padecer.

Aquella mujer que vos
Sedujisteis, hombre impío,
Y que en su atroz desvarío
Faltó á su virtud y á Dios.

La mujer envilecida
Que al ver que madre iba á ser,
Tuvo que huir sin placer
De su familia querida.

Y la que en su mal profundo
Lejos del lugar paterno,
Dió con sentimiento interno
Dos tiernas niñas al mundo.

— Dos niñas, ¿y dónde están?...
¿De ellas, decid, qué habeis hecho?...
Con inquietud en el pecho
La preguntó y con afán.

— La miseria me obligó
A deshacerme de ellas,
De aquellas hijas tan bellas
Que Dios para amar me dió.

— ¡Un crimen!... dijo espantado
Don Pedro y retrocediendo,
El infelice creyendo
Que hubo á sus hijas matado.

— No, don Pedro: ella exclamó:
No me juzgueis tan malvada:
Cada hija mia adorada
En la abundancia quedó.

Que no llegué á abandonar
Esta ciudad maldecida,
Hasta no estar persuadida
Que iban su ventura á hallar.

Pero ¡ay! estaba resuelto
Que sufriera eternamente;
Y otra desgracia inclemente
He encontrado ahora que he vuelto.

Sí; mis hijas que han crecido
Lejos de mí hasta este instante,
Una se huyó con su amante
Y robada la otra ha sido.

— ¡Qué escucho!.. qué escucho!.. oh Dios!..
¡Oh desventura fatal!..
¡Y tal vez no habrá señal,
Que nos descubra á las dos!...

— Sí; mas tal vez ¡cielo santo!
La que les puse al nacer,
La hayan llegado á perder
Al cabo de tiempo tanto.

—¿Y cuál era, si feliz
Recordais, mujer leal?...
—Un escudo de metal
Con “mi madre es infeliz.”

—¡Ah!... exclamó lleno de horror
Don Pedro: ¿Los nombres de ellas?...
—Luz y Luisa son las bellas.
—¡Oh!... maldito sea el doctor!...

¡Maldito!... sí... ¡son mis hijas
Las dos que él ha deshonrado!...
¡Ah!... vuelo desesperado
A su casa... no te aslijas.

¡Oh!... su muerte... sí, su muerte
Necesito en tal momento!...
Su fin terrible y sangriento
Calme mi dolor tan fuerte!...



Y acercándose á los dos
Que en la plazuela esperaban,
Les mandó que le siguieran,
Y de allí huyeron con ansia.

Quedó Matilde al mirarles
Alejarse, como estatua,
Dudando de si era cierto
O un sueño cuanto miraba.

Pero cuando quedó sola
Y recobrará la calma,
Buscó la onza que cayera
Al suelo antes de tomarla.

Pronto la encontró á sus piés;
Y cuidadosa guardándola,
Se alejó también Matilde
De allí con lijera planta.—

Mas sigamos á don Pedro,
Que ciego de furia y rabia,
Se dirige del doctor
A la maldecida casa.

A la puerta fuertemente
Con golpes terribles llama,
Y al ver quien es, el portero
La abre sin tardarse nada.

—¿Está el doctor?...—Sí, señor,
Arriba está. Y sin tardanza
Subió en tres brincos don Pedro
La escalera bastante alta.

—¿Dónde se encuentra el doctor?...
A otro criado, con rabia;
Preguntó al mirarse arriba.
—Está, de Luz, en la estancia.—

Y sin detenerse mas
Llegó al cuarto que buscaba,
Y arrojó al suelo la puerta
Porque la encontró cerrada.

“¡Infame!...” dijo al doctor,
Que entonces se preparaba
A deshonrar á la hermosa
Que se veia amarrada.

Y furioso se arrojó
Desenvainando la daga,
Sobre el doctor, que el motivo
De que fuese así ignoraba.

Pero mirando en peligro
Su vida, sacó con ansia
Tambien su puñal, y espera
A don Pedro que le amaga.

Luz un grito dió de espanto
A la vez que de esperanza,
Al verse libre un momento
Del doctor, y aun de una mancha.

Y sin poderse mover
Del sofá do se encontraba,
A presenciar la atroz lucha
Se puso sin paz ni calma.

Mas dejemos al doctor
Y á don Pedro ardiendo en rabia,
Con las armas en el aire,
Y pasemos á otra casa.

